

Frank J. Nisetich, *Pindar and Homer*, Baltimore-London, The Johns Hopkins University Press, 1989, X+101 págs.

Esta breve obra nace ya como un estudio fundamental dentro de la crítica pindárica. Difícil va a ser en adelante prescindir de ella no sólo para profundizar en el tema del título o para comprender la *Olímpica* 2 (objeto principal del libro), sino para otros aspectos de la religión y de la poesía pindáricas. Escrita por quien ha demostrado suficientemente su perfecta identificación con el poeta tebano, tanto en su (justamente) aplaudida versión inglesa del mismo, como en sus análisis y estudios, esta «relectura» de la *nekyia* pindárica debe hacer reflexionar a la hora de emitir juicios ligeros sobre la naturaleza de este tipo de poesía. La primera parte (Ayante: el héroe necesitado de un poeta», pp. 7-23) constituye una magnífica clarificación de lo que supone Homero para Píndaro, pues se solucionan las aparentes contradicciones de sus menciones (explícitas o implícitas) en los epinicios y se zanja (a nuestro juicio, definitivamente) la cuestión de la valoración que le merece Homero al lírico coral respecto de otros poetas épicos. La solución nos parece idónea: no es lo mismo hablar de Ayante para un auditorio tebano (*I.* 4) que para uno egineta (*N.* 7 y 8) ya que en la isla es el héroe local. Aquí había que restituir su imagen y reputación, dañada no por el suicidio, sino por el injusto fallo de los aqueos al otorgar las armas de Aquiles a Ulises. Sin embargo, a un tebano le bastaba con saber que Homero había mantenido intacta la gloria de Ayante, pues, aunque en la *Etiópide* u otras tradiciones se hubiera presentado su desgracia con todos los detalles (incluido el suicidio), Homero había exaltado suficientemente su valor, más allá de los límites de la muerte (cf. *Od.* 11). N. opina que en *N.* 7 Homero es, pues, el poeta de *Odisea*; en *I.* 4 el de la *Iliada* y que en *N.* 8 no le nombra porque intencionadamente no quiere borrar la distinción entre Homero y otros poetas épicos. Pero, sobre todo, por encima de esos detalles, Homero significa para Píndaro «la poesía que ha conseguido, para bien o para mal, llegar al interior de todos los corazones por su poder persuasivo».

Contexto y ocasión son fundamentales también para comprender las peculiaridades de las concepciones escatológicas incluidas por Píndaro en la *Olímpica* 2, a la que se dedica la segunda parte (pp. 25-71), que debe ser complementada con el artículo del mismo autor «Immortality in Acragas. Poetry and Religion in Pindar's Second *Olympian* Ode», *CPh* 83, 1988, 1-19. Normalmente estos versos se citan un tanto de pasada, con referencias vagas a una supuesta fuente órfico-pitagórica. N. trata de devolver a Píndaro el mérito que le corresponde en esta *primera* mención en la literatura occidental de una recompensa tras la muerte y de la reencarnación, partiendo de la base de que, independientemente

de los orígenes de estas concepciones, «la segunda oda olímpica es *diferente y más* que cualquier sistema o sistemas sobre los que puede haberse basado» (p. 68).

La genuina fusión de concepciones religiosas y técnica poética que supone esta oda está perfectamente analizada por N. en las páginas siguientes. No queremos revelar al posible lector las numerosas sorpresas exegéticas que va a encontrar en estas breves pero condensadas páginas. Nos limitaremos a señalar que la clave de su interpretación está en haber desentrañado (en palabras del autor) «las cualidades épicas, místicas y epiniciales» (p. 68) de esta composición. Queda revalorizada de manera sorprendente la capacidad pindárica para *recrear* sobre aspectos minuciosos del modelo épico (especialmente sobre la *nekyia* de *Od.* 11), su magnífica adecuación a las necesidades del epinicio (unificación sutil de las vicisitudes del ser humano, sobre todo del héroe, y del vencedor), la espléndida habilidad para dejar constancia de sus poderes casi taumáturgicos como poeta (la vieja Erinis de los Labdácidas queda aquí conjurada y alejada, en la generación de Tersandro) y la perfecta estructuración (entre el clímax y la antítesis) de los motivos que se dan en las diversas partes de la oda. El sutilísimo análisis de N. merece ser leído con toda atención. También él, en logrado clímax, nos lleva hasta la inmortalidad de Aquiles, cuya victoria sobre Héctor (*Ilíada*) se engrandece al lado de las conseguidas sobre los héroes de los otros poemas épicos. En composición en anillo, N. deja constancia, sin estridencias, de lo que verdaderamente fue Homero para Píndaro.

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE